

30 años del golpe

- Abandonamos el ritual de una memoria atrapada por el sistema para tratar de tomar conciencia de nuestra responsabilidad en relación con la Dictadura. Tomar conciencia significa no verla como un hecho objetivo e histórico realizado sólo por los otros sino como algo que nos implica, de una u otra manera, a todos los argentinos. Los interrogantes nos ponen a nosotros mismos en el ojo del mal que fue la Dictadura. Pasó algo en cuya inmensidad todos estuvimos incluidos.

- Günter Grass dice que su amigo el poeta Paul Celan "no pudo soportar su supervivencia después de Auschwitz" y que por eso se suicidó. Podríamos preguntarnos ¿por qué nosotros sobrevivimos a la Dictadura? Si el poeta se suicidó ¿por qué nosotros seguimos viviendo y cargando con las consecuencias luctuosas de ese acontecimiento que hoy nuestro espíritu rememora?

- ¿Qué hicimos con la Dictadura? ¿Lo hemos abandonado de tal manera que hoy se necesita convertirla en una luctuosa "fecha patria", o continúa siendo una herida que no nos deja hablar, ni pensar, ni oír, sin que oigamos a las criaturas atormentadas hasta la muerte y sin que pensemos en el espacio de su gravedad.

- Después de Auschwitz los alemanes pudieron decir "¡Por fin nos conocemos!". Lo mismo nos ocurre a nosotros. Conocernos significa asumir que pudimos producir la Dictadura, que no fue ni un sueño ni una circunstancia azarosa. Fue deseada y apoyada por una gran parte de la población. Fue apoyada por una buena parte de la Iglesia Católica, por la mayoría de los jueces de la Nación, por periodistas, por políticos e intelectuales. También esto debemos memorizar. ¿O la memoria "oficial" que se pretende construir implica el olvido porque ya todo pasó y se ha vuelto historia?

- Si por historia se entiende la "cosa pasada" debemos decir que precisamente en esto no hay historia. No puede existir una historia de la Dic-

tadura, más allá naturalmente de los puros relatos, porque la Dictadura no es temporal sino precisamente lo que posibilita la historia a partir de un no-tiempo, o de una temporalidad originaria a la que tal vez sea imposible acceder. Y esto no es un énfasis, es lo que le sucedió a Paul Celan, a Primo Levi, a George Trakl y a tantos otros seres humanos que cayeron ante la insoportable carencia de una redención.

- Memoria es una palabra que puede ocultar el acontecimiento, porque eso, allí, en lo a-temporal, carece de nombre, no por falta de nombre sino por falta de ser, o porque está más allá del ser. ¿Cómo padecer mediante la imaginación o el pensamiento una corriente eléctrica devastando en acto un cuerpo humano si uno no fue ese cuerpo que existió y sigue existiendo aun desaparecido o muerto? ¿A eso se lo puede seguir llamando sujeto de la historia y de la memoria? ¿Historia y memoria de quién? ¿De nosotros que sólo podemos imaginarlo y pensarlo?

- Los conceptos crean la ilusión de que poseemos la cosa que fue la Dictadura, y que, por lo tanto, podemos ubicarla en un marco histórico, psicológico o filosófico. Pero eso no es una "cosa" sino que la excede, está absolutamente fuera de las cosas. Está afuera y es una ausencia en un acto cuya desmesura supera todo lo decible, toda idea, todo concepto y toda palabra. Eso somos nosotros, no hay otros sobre quienes podamos descargarlo. Elevar a conciencia la Dictadura quiere decir asumir su responsabilidad. Este es nuestro problema, el problema de todos.

- ¿Pero que quiere decir "elevar a conciencia"? Si dejamos de lado cualquier posibilidad de dominio, de "política", ¿de qué hablamos? Conciencia es conciencia de la Dictadura como acontecer que sustenta todo en el no-tiempo, en ese ya-no y aún-no, en esa, hay que decirlo, sacralidad que se trata de suprimir con palabras y discursos, y de la que no se puede decir nada decible. A eso que está pasando sin pasar, en un lugar donde sólo cabe el silencio, lo llamamos conciencia.

- Podemos recordar a los seres que murieron, recordar la represión, el terror. Podemos recordar sus rostros, sus voces, sus vidas... Pero no podemos recordar el momento último en el que padecieron. Hay un hueco en que el recuerdo cede a la imaginación, y donde la imaginación se alza exigiendo justicia. Este punto absoluto, llámese Antígona, Auschwitz, Madre

de Plaza de Mayo, o como sea, es lo que podemos llamar sagrado.

- La Dictadura no es histórico, es la historia. No la historia pública, política, cotidiana, sino el núcleo oscuro, interno, que funda toda historia y que, en este sentido, es un origen-de la historia o la historia como lo anterior a toda narración histórica. El nombre es lo de menos. Se trata de Acontecimientos vueltos inmemoriales, fundadores en el sentido de la posibilidad del suceso. Desde ese momento, paradójicamente en el pasado y en el futuro, nuestro país adquirió el sentido último de su existencia. No hay palabra, ni canto, ni trabajo, ni "vida", que no le pertenezcan. De alguna manera, misteriosa por cierto, los hijos de los hijos de los hijos llevan y llevarán este hecho, esta mutación total de nosotros mismos.

- En la Dictadura murió una identidad y nació otra identidad. En ese vacío se hundió el nefasto mito de nuestra identidad fundada en símbolos e historias militares, de guerras, de asesinatos y de golpes de Estado. Y es ese vacío el que nos interroga como a seres libres y responsables. Así, tenemos la obligación ética de responder al total silencio que nos interpela sin palabras, o, digamos, con su pura presencia, ya que únicamente el silencio tiene la fuerza de una interpelación trascendental. No existe Dios ni comunidad alguna cuya voz nos enjuicie. En última instancia toda respuesta es in-formulable porque tiene el peso y se debe al silencio. A esta imposibilidad por inexistencia nos referimos con la palabra conciencia.

- ¿Un callejón sin salida? Sí, pese a que en relación con eso la palabra "callejón" y "salida" carecen de sentido. Sin fundamento y sin Sentido, ¿qué podríamos responder? ¿Y quién podría responder si no hay "quien" responda ni a "quien" responder? No obstante hay esa voz-de-la-conciencia que clama en cada uno, la escuche o no, exigiéndonos una respuesta. Mas no tenemos repuesta. ¿O no tenemos respuesta porque buscamos una respuesta lógica, verbal, sin dejarnos llevar por el acto indescriptible e impredecible de la culpa asumida, el que implica necesariamente el acto libre que es el ser humano y la redención como sola esperanza?

- La verdad es la "insondable" responsabilidad de todos. Y tenemos la obligación de decirla. ¿Para qué? Hay que decirla aunque no exista un para qué, aunque debamos dejar de lado la idea ingenua de conjurarla, ya sea en nuestro pasado o en nuestro espíritu hoy. Cargamos con la culpa de

la Dictadura y esa es una culpa irredimible. Sólo rehaciendo la historia podríamos redimirla, y eso es imposible.

Lo posible ya lo hizo Celan, lo hicieron Amery, Primo Levi y tantos otros, aquí y en casi todo el mundo. Lo posible lleva todo a la resolución de la muerte, lo que no es una resolución en el sentido de un inicio inocente. Ni la generación de la Dictadura, ni las generaciones anteriores y posteriores pueden liberarse de la carga de culpabilidad que en adelante nos constituye. No hay monumento, no hay homenaje ni "memoria" que pueden redimirnos de lo que hicimos y de lo que dejamos hacer.

- Cada uno seguirá viviendo su vida cotidiana, trabajará, estudiará, y algún día morirá. Pero siempre la Dictadura estará en su vida como lo extremo de la vida. La Argentina ya es eso ilevante que permitimos, que fuimos y que somos. Lo decimos sin tragicidad y sin énfasis. La Dictadura no sólo es nuestro lugar en la tierra sino que es nuestra verdadera historia sin historia, nuestro verdadero tiempo-sin-tiempo. Y no existe propuesta de salvación, ni promesa, ni nada que pueda apaciguarnos.

- ¿Pero por qué generalizar la responsabilidad y la culpa? Nadie tiene respuesta a esta pregunta referida al "mal radical" o mal diabólico. Pero el no tener repuesta no suprime el hecho, sino que, por el contrario, tal vez lo vuelva más hondo. El dolor, el sufrimiento humano, no pueden olvidarse, y aunque se los llegara a olvidar ellos pasan de generación en generación como un sustrato inconsciente haciendo del hombre lo que el hombre es. ¿O acaso es posible pensar que las infinitas guerras, los infinitos genocidios, las infinitas torturas, pueden olvidarse? Es posible que algún día nadie los recuerde, que sólo sean patrimonio de los libros de historia, pero no obstante el dolor trágico es constitutivo de la precariedad humana.

- Primo Levi supo decir que la existencia de los campos era la prueba irrecusable de la inexistencia de Dios. Con esa inexistencia imaginaria se perdió la única posibilidad de redención trascendente, vale decir de un perdón que vendría desde fuera del hombre. Hoy sólo queda el hecho desnudo. Los responsables somos todos, nosotros y los otros, cada cual según sus actos, lo sepamos o no, lo afirmemos o lo neguemos, a la deriva en este desierto del nihilismo.

- Las diferencias entre los responsables directos de los hechos inhumanos y el resto de la población, son fundamentalmente cuantitativas. Se trata de la especie humana. Esto fue lo que pusieron al desnudo los "campos": no hay, por un lado, monstruos, y por el otro, inocentes. En determinadas circunstancias todos podemos convertirnos en monstruos. Hay que leer los testimonios para acceder a esta verdad ominosa. Pero tenemos que decirlo. ¿Por qué? No lo sabemos, posiblemente porque esa sea la exigencia o el ruego de los que sufrieron martirio.

- El mal-demoníaco de los militares que desmenuzaron y destruyeron los cuerpos de miles de hombres y mujeres, y el mal de la aceptación, de la omisión o de la pasividad, exigen una justicia propia para cada uno. La "incomprensible" libertad y la responsabilidad que de ella se deriva, son las que tal vez de una manera excesiva y sin explicación nos vuelven culpables.

- La "servidumbre voluntaria" que padecemos fue realmente servidumbre, acatamiento, y también fue real y desgraciadamente "voluntaria", vale decir aceptada. La Dictadura nos envileció hasta una aceptación que no puede ser justificada por ninguna trascendencia ni auto-justificada por ningún razonamiento. Quienes recurriendo a lo puramente empírico se consideran "inocentes" diciendo "así fueron las cosas" y quienes se sustraen a las consecuencias de sus propios actos en una "explicación" alienada de la Dictadura, lo que en realidad hacen, sabiéndolo o no, es ocultar la raíz trágica de nuestras vidas.